

Río de Janeiro es un destino paradisiaco que alberga maravillas como Pan de Azúcar o Copacabana. Una ciudad que cuenta con cinco universidades. También es uno de los lugares más peligrosos del mundo donde el veinte por ciento de sus casi siete millones de habitantes vive en las favelas. Un laberinto de callejones sin nombre donde la droga y la prostitución se emboscan en cada esquina. El periodista chileno **Roberto Cabezas** vivió en una ellas durante tres meses para realizar un reportaje de televisión.

TEXTO *Roberto Cabezas (MGEC 09)*
FOTOGRAFÍA *Agencia EFE y Roberto Cabezas*



A man with dark hair and a mustache, wearing a red and white plaid shirt and blue denim shorts, is sitting on a set of rough, stone steps. He is looking directly at the camera with a serious expression. The background is a dark, textured wall made of stone or brick, with some wires visible. The lighting is dramatic, highlighting the man against the dark background.

Visitar el infierno

HISTORIA DE UN PERIODISTA
INFILTRADO EN UNA FAVELA



—**Qué son.** Las favelas son aglomeraciones ilegales de viviendas paupérrimas. Carecen de infraestructuras, de servicios urbanos esenciales (alcantarillado, recogida de basuras) y de equipamientos básicos, como dispensarios.

EL 15 DE ABRIL DE 2008, UN COMANDO DEL BOPE (Policía especializada en el crimen organizado) de Río de Janeiro irrumpió con violencia en Vidigal, una de las favelas más peligrosas de la ciudad. Los diecisiete mejores hombres de esa unidad táctica se adentraron en esa barriada del sector sur de Río. Murieron ocho jóvenes narcotraficantes y un niño pequeño.

Carioca, que tenía dieciséis años, comenzó a disparar su pistola Sig-Sauer de nueve milímetros. Pese a agotar diez de las doce balas, no logró escapar: tres balazos del BOPE le atravesaron la cabeza y otros cuatro en el resto del cuerpo. Fin de su historia.

En este sangriento episodio también perdieron la vida siete de sus compañeros delincuentes. Algunos lo consideraron una ejecución, otros dijeron que se lo merecían. Sin embargo, una pregunta sigue sin respuesta: ¿pudieron evitarse esas muertes?

HISTORIA DE UNA HISTORIA. Hacía calor. Sofocante. Casi insoportable. Pasaban las seis de la tarde cuando mi avión aterrizó en Río. Según me habían contado, un compatriota chileno vivía en una de las favelas más sórdidas de la ciudad. Debía encontrarlo en apenas setenta y dos horas. Era mi única oportunidad para realizar un reportaje que se emitiría en una televisión de Chile. Cogí un taxi y le pregunté al chófer cómo estaba el ambiente en las favelas. Me miró

por el retrovisor de su coche, abrió sus ojos profundamente negros y dijo: «Las favelas están en guerra: quinientos muertos al mes». Me quedé en silencio.

En la playa de Copacabana, el calor y la humedad eran cada vez más penetrantes. El reloj marcaba las siete y media. Los turistas aún colapsaban las calles de esa cara amable de Río. Las aceras, atiborradas de deportistas jóvenes... y otros no tanto. Elegí una pequeña cafetería de los años de gloria de Río, allá por los cincuenta. Suelo de viejos parkés brillantes, óleos añosos con motivos «faveleros», lámparas algo pasadas de moda, pero que todavía brillaban con una luz agradable. Opté por la mesa que daba al cristal porque la vista era privilegiada, con la bahía apagándose, la playa aún tupida de bañistas y, entre la multitud, una feria artesanal se montaba con timidez.

—Buenas tardes, señor, bienvenido a Río —me dijo alegre un camarero. — ¿Decidió qué va a tomar?

—Un café cortado y un sándwich de jamón y queso, por favor —le contesté. Mixto, le dicen en Brasil. Agarré un diario y fui a la contraportada. La *Gazeta do Povo* publicaba una horrorosa fotografía de una favela. Sentí que el corazón se me paralizaba. Vi la realidad con aterradora nitidez.

Superado el trance, hice dos llamadas a contactos locales que había obtenido en Chile: una funcionaria de la embajada y un heladero uruguayo, ya jubilado.



Ambos aceptaron hablar conmigo. El primer destino fue el consulado de Chile, en la rúa Praia do Flamengo, 344. Mi fuente se llamaba **Obdulia**, una administrativa alta y corpulenta que al verme exclamó «¡**Roberto**, lo esperaba mañana!»

—Me he adelantado, señora. Me urge encontrar a algún chileno que viva en una favela.

Pese a su empeño por ayudarme, apenas me entregó información. El consulado carecía de un registro actualizado que me diera pistas confiables, y se limitó a recomendarme que enviara un *e-mail* a la embajada.

—Le aconsejo algo, **Roberto**. No haga locuras porque las favelas no son broma. Es un mundo muy peligroso.

El día avanzaba y el plazo definitivo para el retorno a Santiago de Chile se acercaba precipitadamente. Mi editora me había concedido unas pocas horas para descubrir alguna pista concreta por donde arrancar mi reportaje.

El calor no daba pausa. Mi otra fuente era **Egídio**, el heladero jubilado, que me atendió por teléfono porque no podíamos vernos. Vivía en Río desde hacía muchos años, y conocía bien el mundo de las favelas. —Perdóneme la franqueza, don **Roberto**, pero no sé cómo ayudarlo.

—Busco a una familia chilena que vive en una de las favelas más peligrosas de Río de Janeiro —respon-

dí descorazonado. Enmudeció sorprendido pero, después de algunos segundos de vacilación, me dijo tiempo atrás había conocido a un chileno que trabajaba en la feria artesanal de Copacabana. Un tipo joven de pelo largo con el que se había encontrado un par de veces.

Era una pista muy débil, pero no tenía nada más, de modo que seguí sus indicaciones. Después de dar varias vueltas por la feria, e encontré a un vendedor joven, de barba, pelo largo y sombrero, sentado detrás de un mesón de artesanía. Nuestras miradas se cruzaron y tuve la corazonada de que era la persona que buscaba. Sonriente y conversador, comenzó a contarme su vida atropelladamente, sin espacio apenas para las preguntas. **Patricio** llevaba casi siete años viviendo en las favelas. «No me alcanza para más», me dijo.

En las favelas no se paga luz ni agua, y sus habitantes se enganchan de modo clandestino al cable para ver la televisión. En su situación económica, vivir en la favela resultaba la mejor alternativa para **Patricio**, pero también la más peligrosa.

Mientras hablábamos sentí que le costaba comprender que alguien se interesase por su mundo. Un lugar donde nada es seguro ni para siempre. Él consideraba esa realidad como algo natural, el día a día al que ya estaba acostumbrado, en el que criaba

—**Violencia.** Las mafias que controlan las favelas se han infiltrado en la propia Policía. Lo demuestra la reciente detención del coronel Alexandre Fontenelle, acusado de cobrar comisiones por «hacer la vista gorda».



—**Favelas militarizadas.** Durante el Mundial de fútbol de 2014, el Estado acordó una tregua con las bandas *Comando Vermelho* y *As Milicias*. Unos quinientos soldados de las unidades de Policía entraron con tanquetas y helicópteros en la favela Maré, cercana al aeropuerto internacional.

a sus hijos y al que regresaba cada noche al final de su trabajo.

La tarde pasaba. Me comentó que había salido de Chile hacía tiempo con **Yolanda**, su mujer. Buscaban nuevos horizontes, más calidad de vida. «Pero sobre todo mayor dignidad», aclaró. Durante años vivieron en la favela Cantagalo, una de las más letales y famosas, que incluso tiene su propio videojuego: el famoso *Call of Duty (Modern Warfare 2)*—. **Yolanda** y **Patricio** tuvieron que acostumbrarse al miedo, a convivir con la inseguridad y las amenazas constantes por parte del «bando», nombre con el que se conoce a la tropa de delincuentes que controla las favelas.

A pesar de todo, **Patricio** tenía una sonrisa indeleble, a prueba de adversidades. En su puesto de Copacabana, me habló de armas, de cómo vio morir abrasados a varios «moradores» —denominación que se da a los habitantes de las favelas— a los que los bandidos ponían neumáticos hasta el cuello para luego bañarlos en combustible y quemarlos vivos. Un escalofriante método de tortura llamado «microondas». Describió cómo se cruzaba a diario con pistolas, con granadas, con fusiles automáticos portados por personas deshumanizadas.

ENTONCES, ¿QUÉ HACÉIS AQUÍ? Esa podría haber sido mi pregunta después de aquel relato. **Patricio**

llevaba siete años casado y tenía tres niños: dos mujeres y un varón. Los dos menores eran brasileros. Eso les facilitaba las cosas, aunque su hijo pequeño nació con un retraso motor. Explicó emocionado cómo en Brasil le habían echado una mano ante aquella delicada situación. Cómo en el hospital tenía un doctor de cabecera para el tratamiento, e incluso una tarjeta gratuita de transporte público. «Eso jamás lo hubiésemos tenido en Chile», afirmaba.

Comenzó a llover y poco a poco los turistas desaparecieron. Ayudé a **Patricio** a desarmar su tienda pasadas las doce de la noche, y nos fuimos. Aclaró que había conseguido autorización para vender allí hacía poco tiempo. Antes mercadeaba en la playa, con todas las dificultades que eso supone. Mostraba sus trabajos de artesanía con piedras semi-preciosas y con semillas. Collares, pendientes y pulseras eran el resultado de un trabajo artístico y minucioso.

Al final me invitó a conocer a **Yoli**, como llamaba cariñosamente a su señora, en su casa de la favela Chacra do Céu, que paradójicamente significa «granja del cielo». En realidad, esta favela es parte de otra más grande, Vidigal: una comunidad de más de diez mil habitantes que san **Juan Pablo II** visitó en 1981, y una de las más pobladas del sector sur.

Llegamos a su casa encaramados en una «kombi», como llaman en Río a las pequeñas furgonetas que



llegan hasta las favelas. El improvisado taxi nos dejó a los pies de Vidigal, situada al término de la playa de Ipanema, conocida por ser uno de los barrios nobles de Río. Solamente algunas luces indicaban lo empinado del ascenso. Yo tenía miedo; la sensación de una amenaza constante, reforzada por las marcas de bala en las paredes. En estas zonas hay una ausencia total de Policía, pero no de autoridad. De hecho, los traficantes de droga demuestran su poder a la mínima oportunidad. Inmersos en luchas intestinas con facciones rivales, cuentan con la complicidad de las fuerzas de seguridad, que deben trabajar sin medios adecuados y por un salario mínimo, según me aseguró **Patricio**.

Él, con evidente preocupación, me pidió que no enseñara la cámara. En la favela, un acto mal interpretado puede costar caro. Allí la cultura del terror rige la vida cotidiana.

ASCENSO AL «MORRO». Subimos mil escalones. Cruzamos callejuelas oscuras, hasta que nos encontramos frente a los centinelas de los narcos. Iban armados hasta los dientes, lucían orgullosos sus M-16 —un fusil de asalto usado por los infantes de la Marina estadounidense—... bañadas en oro.

La vivienda de **Patricio** era diminuta: una cocina, un salón angosto y dos habitaciones en la segunda

planta. Las ventanas y las puertas siempre estaban abiertas para combatir al calor.

Yoli nos esperaba. Era una mujer joven y acogedora. Me contó que, aunque se habían acostumbrado, todavía recordaba con horror las primeras subidas al cerro, que allí llaman «morro». En Chacra do Céu nadie se atreve a reclamar los cadáveres que los asesinos abandonan en las calles, y deben ser los bomberos o la Policía los que recojan los muertos.

Bien entrada la noche decidí volver a Río, no sin antes adelantarles el objeto de mi viaje. Temía que su reacción fuera negativa y se resistieran, legítimamente, a ayudarme. **Patricio** y **Yolanda** se quedaron en silencio mientras trataba de entusiasmarlos con mi relato. Entonces no medí ni valoré las consecuencias de la propuesta: simplemente no las conocía. Pretendía realizar un reportaje para la televisión sobre la vida de algunos chilenos en las favelas, y su experiencia en Chacra do Céu encajaba a la perfección.

Concluyeron que se lo pensarían esa noche y acordamos vernos al día siguiente. No obstante, me advirtieron, yo necesitaría la autorización del «gerente» que gobierna cada favela. En realidad, son los jefes de las bandas, que controlan la vida de la favela con la extorsión como arma. Ellos definen las reglas, juzgan y condenan, imponen la pena y ordenan su ejecución. Los «gerentes» resultan intocables: viven en el ano-

—Los muertos de las favelas.

El Instituto de Seguridad Pública (ISP) de Río de Janeiro publicó que entre 2006 y 2011 se registraron 35 879 asesinatos, 285 lesiones seguidas de muerte, 1 169 robos terminados en muerte, 5 677 fallecidos tras intervenciones policiales, y 155 policías muertos.



—**Registros y controles.** En medio de la violencia, la vida discurre con normalidad. Niños que observan cómo se registran sus mochilas, padres que hacen la compra ante policías armados... Los «moradores» se adaptan a todo.

nimato a pesar de ser personajes míticos dentro de la favela, donde son conocidos por su crueldad. De hecho **Patricio**, tras siete años allí, nunca lo había visto.

Esa noche, mientras abandonaba Chacra do Céu, percibí el nerviosismo de **Patricio**. No era para menos: seis mil niños y adolescentes viven armados en las favelas. Cientos de ellos mueren cada año, víctimas de los enfrentamientos entre la Policía y los narcos, o en guerras de bandas. Muchos son inocentes.

CORRUPCIÓN INSTITUCIONALIZADA. Al día siguiente, mochila al hombro, regresé dispuesto a hablar con el «gerente» de la favela. **Patricio** y **Yolanda** estaban atemorizados, pero querían ayudarme. Con la cámara en la mano subimos a la «boca», el lugar de venta de droga. Surcado de casas a medio construir, los niños corrían alrededor, alegres y ruidosos, pero las miradas de los adultos eran intimidadoras.

Después de que unos guardaespaldas nos registraran, entramos en una estancia en la que nos recibió un joven de bigote sentado en una mesa llena de billetes: era el «gerente» e iba armado. Al vernos, nos ordenó que nos sentáramos. Mis recién estrenados amigos comenzaron con timidez a introducir mi petición: yo, periodista, quería saber cómo vivía un matrimonio de chilenos en las favelas, entrevistarlos y grabar su entorno. De costado miré al cinto del

gerente, donde llevaba su arma. Al verme, cubrió la pistola con su camiseta y siguió escuchando a **Patricio** sin decir nada.

Durante mi turno y en un portugués rudimentario, expliqué la idea del reportaje, y añadí mi intención de entrevistarle también a él. Tras un silencio eterno, accedió, pero con la condición de que tanto él como sus hombres llevarían pasamontañas. Presumió entonces de tener a la Policía del sector en sus manos, y que todos los lunes les entregaba mil reales por cabeza —algo más de trescientos euros— a cambio de su silencio. Una cifra notable con la que conseguía que su «negocio» de venta de droga se desarrollara sin problemas.

No obstante, obtener su autorización no nos daba de confianza, y menos aún seguridad. Aquella noche, como cualquier otra, se oyeron disparos en Vidigal. Nadie en la casa de **Patricio** parecía preocupado por ello. Vivir en una favela dominada por un grupo armado implica no poder salir por las noches, oír balazos a todas horas, asustarse si algún familiar tarda al volver, estar rodeado de armas y con la posibilidad latente de un enfrentamiento. Me pareció agotador.

Sin embargo, la realidad mayoritaria de estos barrios la componen personas como **Patricio** y **Yoli**. Gente que cada día va a la ciudad a ganarse el pan, que lucha con honestidad por sacar adelante a los suyos.

Una guerra desigual e incierta

Con sus seis millones y medio de habitantes, Río de Janeiro presume de ser una de las urbes más cosmopolitas del Cono Sur. Sede de los Juegos Olímpicos de 2016, sus dirigentes han emprendido una cruzada contra el narcotráfico, atrincherado desde hace décadas en sus favelas.

En estas barriadas —que alcanzan las 763 de forma oficial y cuyo número real podría superar ya el millar— viven más de un millón y medio de personas.

Repartidas en unos cuarenta y tres kilómetros cuadrados, sus

construcciones ocupan, además, algunas de las zonas más turísticas de la ciudad, como Ipanema o Copacabana.

Debido precisamente a su ubicación en el centro de la ciudad, las autoridades han dado luz verde a la segunda fase de un plan de pacificación previo a las Olimpiadas. Su objetivo es la expulsión definitiva de la delincuencia que controla las favelas, así como la mejora de las infraestructuras, la educación y la salud de sus habitantes.

Hasta el momento, las Unidades de Policía Pacificadora (UPP) han

desalojado treinta barriadas —incluyendo Rocinha, la mayor y más salvaje favela de Brasil—.

Sin embargo, y a pesar de la notable reducción de la violencia, las propias autoridades han reconocido que la delincuencia solo se ha trasladado a la periferia de la ciudad.

Mientras tanto, paramilitares formados por agentes de la seguridad pública continúan controlando el transporte, la distribución de gas o las redes de televisión de unas comunidades acostumbradas a la violencia más cruel.

Ellos encarnan la verdadera favela: humildes trabajadores que solo buscan un empleo mientras sufren la violencia de los traficantes y las fuerzas del orden.

DESCENSO A LAS CLOACAS. Despuntando la mañana siguiente, en compañía de otro chileno llamado **Gelo**, recorrimos tres favelas: Cantagalo —donde vivieron antes **Patricio** y **Yolanda**—, Pavão y Pavão-cinho. En el trayecto relataron el asesinato, en 2002, de un periodista de TV Globo, **Tim Lopes**, mientras grababa con cámara oculta en la favela Complexo do Alemão, donde viven hacinadas unas 70 000 personas. **Lopes**, aseguraban, era consciente del riesgo que corría, pero quería denunciar los abusos sexuales a menores en los bailes llamados «funk de favela», unas macrofiestas organizadas por los narcos, que aparecen en la premiada película *Ciudad de Dios*, de **Fernando Meirelles**.

Los propios moradores, preocupados por sus hijos, habían llamado a **Lopes** para que denunciara aquellas salvajes prácticas. A los pocos días, el periodista desapareció, y solo tras una semana de búsqueda, la Policía encontró sus restos carbonizados. Había sido asesinado por grabar un reportaje con cámara oculta.

Durante la subida al cerro, no podía dejar de mirar a aquellos jóvenes pertrechados con sus pistolas,

mientras **Patricio** me ordenaba que no me quedara atrás. En el descenso, **Gelo** nos llevó por un trayecto enmarañado que los delincuentes utilizan para escapar de la Policía, incapaz de orientarse en ese dédalo indescifrable.

En una especie de túnel estrecho nos encontramos con un grupo de ellos. Tras los gritos iniciales, nos apuntaron con sus armas y preguntaron de dónde éramos, qué hacíamos allí. **Gelo** y **Patricio** se presentaron como moradores, y yo dije lo mismo, aunque de modo poco creíble.

Finalmente, nos apartaron con fuerza a un costado para que pasaran unos ocho o diez hombres armados, incluso con granadas. Nosotros seguimos bajando. Nerviosos, acelerados, y en un silencio sepulcral. Me preguntaba a mí mismo por qué no todos podíamos tener acceso a trabajo, seguridad, justicia, vivienda o alimento. Por qué esos derechos básicos se les niegan a millones de personas en todo el mundo, especialmente en el sur del sur.

En las favelas de Brasil, cientos de miles de personas malviven sufriendo una pobreza crónica. Material y espiritual. Miles de almas abandonadas que resisten en medio de una guerra oculta, en la que viví tres meses para rodar: «Chilenos en el infierno, favelas de Río de Janeiro». 